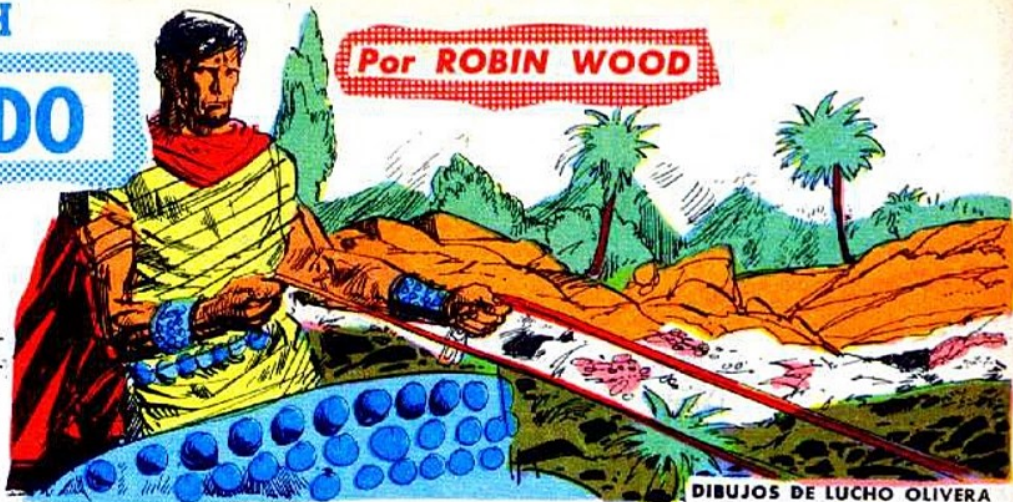


EL ENVIADO

Por ROBIN WOOD

Silencio es lo que siento en mis oídos. Sí. Silencio. Esa extraña clase de silencio hecha de rumores que nada significan al instante, ya sea el susurro del viento entre el ramaje de un árbol, o el canto de un pájaro fingiendo ser cristal contra el oro del sol. A veces, desde las altas montañas oía el retumbar de una roca cayendo.

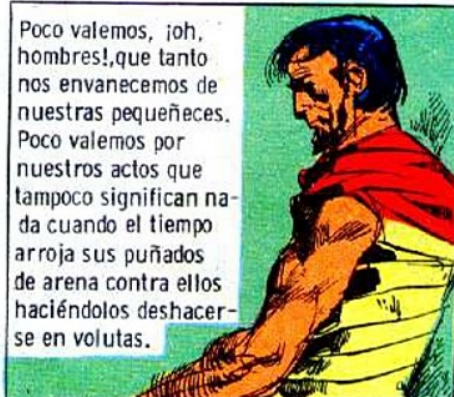


DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Yo soy Nippur de Lagash, hombre que ha visto mucho, mucho y que por ello mismo no ignora su poco valor y su gran valor. ¿Suena esto como contrasentido? No lo es.



Poco valemos, ¡oh, hombres!, que tanto nos envanecemos de nuestras pequeñeces. Poco valemos por nuestros actos que tampoco significan nada cuando el tiempo arroja sus puñados de arena contra ellos haciéndolos deshacerse en volutas.



Válemos, eso sí, por el soplo divino que llevamos adentro. Por alguna fuerza insuflada desde el más allá, desde la región sin llanuras ni fronteras donde los dioses moran. Valemos como hombres por algo de Dios que tenemos.



En un arroyo me detuve y revisé mis heridas, la mayoría de las cuales ya habían cicatrizado. Las que maduras en mis hombros tardarían aún un cierto tiempo.

(Pero curarán... Quedarán marcas, eso sí, pero de todas maneras tengo tantas ya...)



(Tantas... Eso fue lo que me dijo Kirmos cuando me vio el torso... Mapa de las guerras lo llamó...)



(Kirmos... Y no hace aún sesenta días de ello...)



(Nada imaginaba yo el día que con mi carro me interné en las montañas de Bairín, cerca del Elam.)



Marchaba con sumo cuidado, pues marchaba en territorio bajo la influencia de mi terrible enemigo, Luggal-Zaggizi, el usurpador que ocupaba el trono de mi ciudad natal, Lagash, la de las blancas murallas.



Hacen falta casi trescientos días para gestar el nacimiento de una vida y sin embargo bastan menos de veinte para olvidar el final de otras. Extraño animal el hombre.)

Desde el día en que por la traición y la sangre se hicieron con el trono, el miserable había agotado los medios para acabar con mi vida pero todos habían fracasado. De todas maneras siempre intenté mantenerme alejado de él y en esta ocasión, al verme obligado a pasar cerca de sus territorios extremaba las precauciones.



Por ello vi volar al buitre.



(Ese buitre ha sido espantado por algo o alguien.)



¡Saqué de su rígida funda de cuero duro mi corta lanza de combate. No la larga con la que me enfrento con los jinetes, sino la breve, con el extremo inferior forrado en bronce, que puede ser utilizada asimismo como maza.



(Hay alguien escondido...)

(Y si está escondido es por algo. Algo de lo cual yo debo precaverme.)



Avancé con lentitud. No tenía miedo. Había luchado muchas veces con bandidos y salteadores de caminos y sus osamentas debían estar blanqueándose al sol aún.



(Al doblar el recodo veré que...)

Los vi.



Pero...

No eran bandidos sino soldados, casi una cincuentena de ellos bloqueando el camino.



¡Alto!

No retrocedí. He sido amo y señor de más de una veintena de ejércitos y el chillido de un oficial no es algo que me impresione.



¿Qué significa esto?

Menos preguntas. Apéate del carro.





¿No me oyes? ¡Bájate te he dicho!

No me gustaron sus modales ni su voz gritona ni el velado desprecio con que sus hombres lo miraban. El oficial de un grupo de soldados puede ser querido u odiado, o ninguna de las dos cosas, pero respetado siempre.



No.



¿Te atreves a desobedecer a Foros? ¡Te...!



Pero...



Quieto, imbécil gritón, o te dejaré aquí clavado contra el suelo. No debes tratar de ser más hombre de lo que eres. El perro por más que gruña nunca será tigre.



¡Sentí un trallazo cerca mío pero antes de que pudiera reaccionar....

¡Ah!



No te muevas, forastero. Podría sacarte los ojos con mi látigo antes de que tuvieras tiempo de decir nada, pero no es esa nuestra misión.



Haz lo que te digo.



Ahora sí los soldados se movieron. La voz de Kirmos los conmovió como la nota de un clarín. Me desarmaron con rapidez.

¿Lo atamos, señor?



No. No hace falta, Creo que el forastero es lo suficientemente inteligente como para saber que no puede huir.



A todo esto, ¿cuál es tu nombre?
Nippur de Lagash.



Me contempló pensativamente mientras los soldados murmuraban excitados a nuestro alrededor. Por fin...
Tú. No sé si eso es bueno para nuestro pueblo, pero de todas maneras eres quien fue elegido por los dioses.



¿Qué significan esas palabras?
Ya lo verás, hombre que viajas. Ahora sube a tu carro y síguenos. Y ten cuidado. Diez arqueros te apuntan.



¿Adónde vamos?
A Tafas, mi pueblo. Allí es donde te necesitamos.

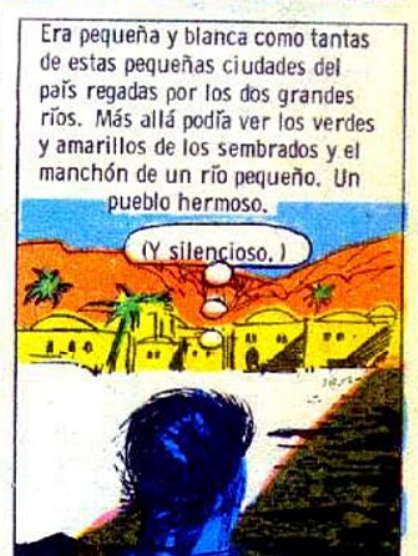


¿Me necesitan? ¿Para qué?

¡Cuántas preguntas haces, hombre de Lagash! Más pareces una comadrona curiosa que el guerrero lacónico de quien todos hablan.



Esto me humilló un poco y guardé silencio durante el resto del viaje. Kirmos me observaba irónicamente de cuando en cuando hasta que...
Allí está mi ciudad.



Era pequeña y blanca como tantas de estas pequeñas ciudades del país regadas por los dos grandes ríos. Más allá podía ver los verdes y amarillos de los sembrados y el manchón de un río pequeño. Un pueblo hermoso.
(Y silencioso.)



(Silencioso totalmente... excepto...)



(Sí. Alguien llora en alguna parte...)

Baja, forastero. Aquí debes descender.



Entra. Esta es la casa de mi padre y la mía.



Atravesé estancias sombrías y frescas sin ver a ninguna mujer ni a ningún chiquillo hasta que...

Este es mi padre, batesi del pueblo.



El patesi, o sea el rey-sacerdote de Tafas, era un hombre comido de arrugas y años, encorvado y desganado a quien ya no seducía el palpar la realidad de la vida que lo rodeaba. Un anciano cuyo espíritu ya se negaba al contacto humano.

Siéntate, forastero.



¿El es el forastero que ha cruzado por el sendero?

Así es, padre. Es el elegido.



¿Elegido para qué?



Acércate.



¿Qué ves allá?



Estaba atado a un poste, al sol, con el cuerpo sudoroso y tembloroso pero con el gesto hostil y decidido. Su fibra recia era más fuerte que su carne asustadiza.



Olisqueó el vino y con un gesto astuto espíó la entrada y al no ver a nadie.

¡Ah! ¡Los dioses te bendigan!

¡No tardó el vino en soltarle la lengua...
¿El condenado? ¡Ja! ¡Ese hombre cuyo nombre es Malik debe ser un gran mago!

¿Por qué?

Eructó y me guiñó un ojo con gesto cómplice.

¿No llamarías mago a un hombre que roba y mata estando a un día de viaje del pueblo?

No entiendo.

Entonces eres tonto. El asunto es sencillo. Alguien deseaba sacar del medio a Malik. Encontraron a un hombre muerto de una cuchillada. El cuchillo era el de Malik. Este, al ser capturado juró que era inocente..., pero todos dicen lo mismo.

¿Por qué querría alguien sacar del medio a Malik? ¿Tiene fortuna?

No.

No tiene fortuna, pero tiene una esposa que enloquece a todo aquel que la ve. Eso es lo que alguien está buscando.

¿Y quién puede ser ese alguien?

Hipó sonoramente y pareció despertar de su sopor. Me miró casi asustado.

He hablado mucho. El vino hace decir tonterías.

(De manera que es eso. Por ello todo el pueblo está escondido. Todos saben de lo que se trata y nadie quiere intervenir.)

(Y soy yo quien fue puesto en ese camino por la moira, por el destino.)



...curidad llegó sin que yo me diera cuenta y una silueta se recortó frente a mí.

Levántate, hombre de Lagash.



¿Qué ocurre?

Es la hora.

La plaza, horas antes loca de sol, estaba ahora fría y oscura a pesar de las hogueras. Confusamente sentía ahora a la multitud apretada, observando.

Adelante.



Eres el enviado de los dioses para dar el castigo a un asesino. Cumple pues con tu misión.



Toma.

Contemplé un momento la hoja que se teñía de rojo con el reflejo de las hogueras.



No. Los dioses no me enviaron aquí para cometer un crimen.



¡Hazlo!



¡Ah!



Hubo más latigazos. Más y más. Sentía que mi sudor corría a torrentes por mis flancos y mis músculos temblaban como los de un animal enfermo. Pero a cada latigazo respondía.



¿De qué material estás hecho, viajero?
¿No sientes nada?





No.



Entonces parecieron volverse locos y me golpearon a diestro y siniestro pero ya no sentía el dolor.



No... no lo he hecho... Nunca lo haré...

Entonces se adelantaron los soldados. Tenían un aire formidable y sombrío cuando me rodearon. Un veterano canoso habló.



Patesi, tú dijiste que este hombre fue enviado para castigar el crimen y durante toda la noche se ha intentado que así lo hiciera. Y no ha matado a Malik. Eso lleva a una sola conclusión. Malik es inocente.



Por lo tanto te exigimos la libertad de Malik y la de este hombre que debe ser sin duda enviado por los dioses, pues su fuerza no es humana.

El patesi miró a su alrededor desorientado. Los soldados lo enfrentaron a la multitud, que, tras oír esas palabras, comenzó a vociferar.

¡Es verdad! ¡Libera a Malik!



¡El enviado del dios lo halló inocente!



El rugido aumentaba. Por fin...

Está bien. Será liberado.



En ese instante me desmayé con los oídos llenos de la ovación de la multitud.



Tardé casi dos meses en ponerme de pie otra vez y subir a mi carro. Malik y su hermosa mujer me cuidaron durante todo ese tiempo y fueron ellos los que me despidieron.

No sé qué decirte...

No digas nada. Las palabras me incomodan.



Adiós.



(Adiós. El misterio queda allí...)



Salve, Nippur...

Salve, Kirmos. ¿Me esperabas?



Ahá. ¿Cómo está tu cuerpo? Tu torso es ya un mapa de las guerras, viejo amigo.

Los latigazos han curado bien.



Sí, las quemaduras tardarán un poco más...
¿Para qué me esperabas?



Para matarte, creo.



No puedo evitarlo. Me ref.
Así que eras tú. Tú, el que mató y cargó la culpa a Malik. Tú, el que trató de ganar una mujer sobre la sangre de su marido.



¿Qué sabes tú del hechizo de unos ojos de mujer? Por tu culpa todo salió mal. Por eso es que...



¡Toma!



El látigo se enrolló como una serpiente en mi brazo pero en vez de esquivarlo lo dejé hacer y entonces lo sujeté con fuerza y...

¡Arre!



¡No!



¡Noooo!



Por fin detuve el carro y solté el látigo. No miré aquel despojo sangriento. Sólo dejé caer el látigo y tomé nuevamente las riendas.



(Es extraño pero todo fue verdad. La sangre de su crimen cayó sobre su cabeza... El me llamó enviado de los dioses para castigar el crimen... y yo lo maté...)



Alcé los ojos hacia el cielo azul. El arroyuelo murmuraba cerca mío. El cielo azul, infinito...

(¿Es todo casualidad?)

FIN